

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 1.º de Diciembre de 1898

Núm. 419

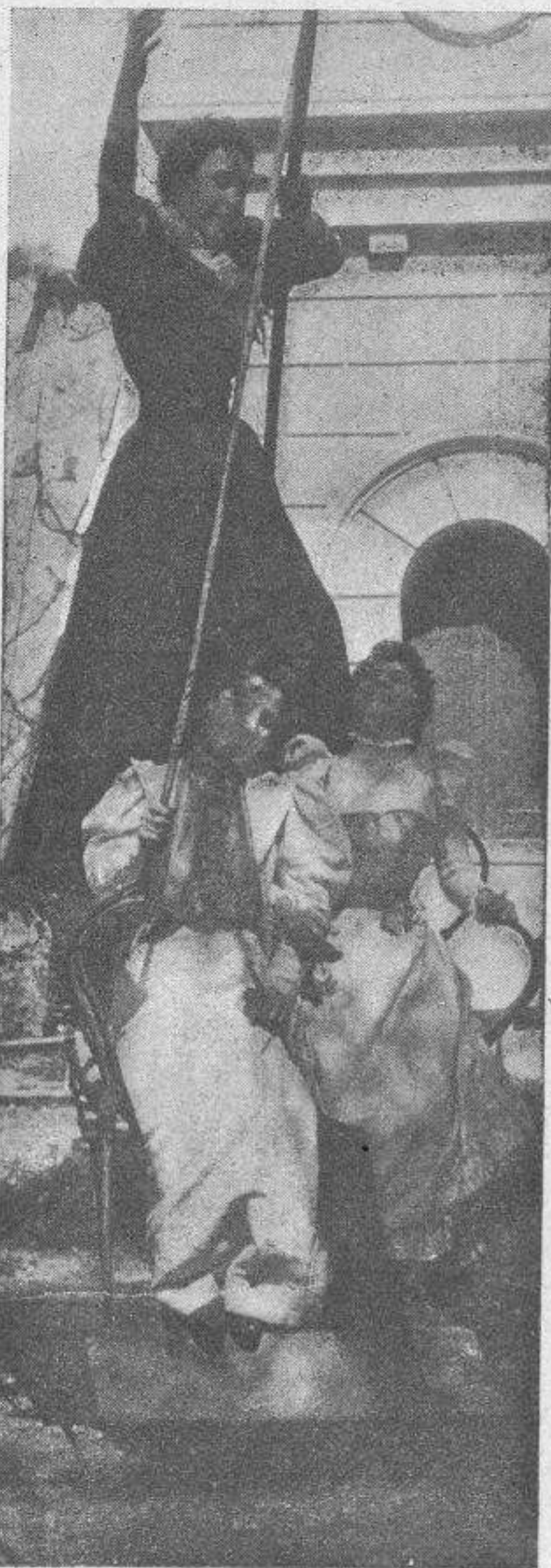


Un puñadito de sal
echó un día al mundo Dios,
yo estaba mirando al cielo
y en la cara me cayó.

El juego de los despropósitos

Pues señor... así como al verano, que afortunadamente (según le ocurría á las golondrinas de Becquer) no volverá, le dió por tirar á seco, el otoño, podemos ya decir, en conciencia, que se nos ha mojado. No hay sábado sin sol, ni doncella sin amor, ni día de este crepúsculo del año sin gotas: por donde se ve que el año de *gracia*, que dirían nuestros abuelos, desgraciado por otro nombre, de 1898 ha dado cruz y raya al refrán.

Es verdad, que á otros tiempos otras costumbres, y por tanto, más cierto es lo de que no ha habido días sin gotas, que lo de que toda doncella ame y en todo sábado llueva. Ocurriría eso en los tiempos en que Colón plantó el huevo, y fueron bien diferentes á los tiempos en que el dichoso huevo ha salido tan estrellado que ¡ni que hubiera intervenido en el guiso mano de cocinero francés! Ahora hay tal mutación en las leyes que rigen al universo (el universo es España para cierto ex diputado de la eterna mayoría, además de diputado poeta, y además de poeta futuro académico si los Batauecas se ensanchan, que sí se ensancharán) hay tal mutación, repito, que hasta los franceses en lugar de dedicarse á las salsas se dedican á los vinos; y es claro, como aquí hemos rematado en punta,



por arte de *birlibirloque* que manejaron muy bien los amigos de Sagasta, recogemos todos los rayos de la cólera divina. Temiendo estoy que salgan los portugueses refileándose el mostacho y gritando á los ingleses, sufragáneos de Mac-Kinley: «¡alto ahí, y no me toquen á las provincias!»

En suma: ello es que ha llovido, que llueve, y no sé si lloverá cuando ustedes se enteren de lo que á mí me inspira el tiempo. Presumo que sí, aunque no tengo de astrólogo más que lo que tenía aquel chusco, notable entre los notables, (á quien se le consultó acerca de las alteraciones atmosféricas con el propósito de sembrar rábanos) y el cual, sacando la mano fuera del balcón y retirándola después mojada, repuso: «¡lluevel!»—Y lo presumo, porque, como dijo el otro, «al buen dar comer bellotas» y el tiempo tiene ráchas, sobre todo si da en ser malo.

Volviendo al refrán modificado, de que en efecto, actualmente hay sábados sin sol pueden testificarlo todos los que no tienen paraguas, que son muchos, porque aquí los gobiernos nos han acostumbrado á no hacer caso de los chaparrones; y de que existen doncellas no amorosas lo puede jurar un amigo mío, á quien cuando le toman la filiación en documentos civiles inscriben dentro de la casilla de señas particulares: «le falta la oreja izquierda.» ¿Saben?... claro que no lo saben, pero ¿quieren saber por qué le falta ese *apéndice*? Pues porque un día se empeñó en requebrar á su cocinera, y aun creo que no anduvo muy cauto de manos, y la tal le devolvió, no en forma de caricia, sinó de protesta, el juego arrancándole de un bocado aquella parte exterior de uno de los órganos auditivos. La doncella murió á poco en olor de santidad y se la enterró con palma. Lo creo, porque era horriblemente fea, y mi amigo cometió aquella transgresión del gusto á vueltas de zamparse dos botellas de Burdeos, vino que ya verán ustedes como no recibe de rechazo la pelota que nos echan en su país

Se me dirá que una golondrina no hace nido. ¡Pero es que hay muchas golondrinas no amorosas, como la doncella en cuestión, por estos andurriales!... ¡y la que te rondará serrana! Las últimas guerras han sido desastrosas para la más bella mitad del género humano... español.

Bueno: pues el caso es que si tan húmedo se nos presenta el otoño me parece digno de cualquier filósofo meditar en la que nos prepara el invierno. ¡Como me llamo Germán que tiemblo de frío! Podrá ser que no nieve, pero ¿y si nieva?

Dirán los comodones: «pero hombre, y la lana ó la bayeta, y el abrigo de pieles, y los guantes de gamuza, y el calzado de doble suela inglés. (¡Cristo, no puedo oír hablar del diablo sin santi-guarmel!), y el brasero, y la chimenea... ¿para cuándo reserva usted tanta cosa?»

Sí, sí, estoy en ello: y aunque nos falte el carbón de cok, (que no tendría nada de particular que faltase en invierno lo que faltó en verano), si los asuntos prosperan como hasta aquí, sobraré vino en la península con qué resguardarse de la brisa helada. Al fin y al cabo, calor por fuera, calor por dentro, todo es calor.

Pero digo: ¿creen ustedes formalmente que no prosperará el frío? ¿creen que hay medio de evitar el helor de muerte que ha empezado á enfriarnos? Lo que yo noto es que á estas alturas, en ninguna otra temporada se habían visto tantas capas como en la actual, si no eran vergonzantes y huyendo de la luz eléctrica. ¿Habrán salido á relucir este año más pronto, á modo de protesta, como prenda genuinamente nacional, contra los manifiestos, los congresos administrativos, y otras salsas mal condimentadas que nos están sirviendo los flamantes regeneradores?

Por lo demás, como dicen los traductores de folletines franceses, que nieve ó que no nieve, el frío no nos lo quita nadie, así soplen auras de primavera. Es frío que no lo trae el viento helado, que lo tenemos ya en alma. Ayer he visto á una madre solícita que antes de saltar del tranvía abrigaba cuidadosamente á su hijo. Y este hecho, al parecer insignificante, me obligó á pensar en las muchas madres que no podrán echar un mal pañuelo sobre sus hijos, y en los muchos hijos que no podrán ser resguardados del frío mortal por sus madres. Créanme ustedes: todo tiene su filosofía y el invierno va á ser terrible.

Yo, por lo pronto, les aseguro que he cogido un resfriado digno de Sagasta y que trino contra el director que se ha burlado de mí pidiéndome una crónica del tiempo.

La venganza es muy sabrosa, y aunque nada tengo yo que ver con los dioses, me vengo... mandándole este juego de despropósitos... que no lo es, si bien se mira.

GERMÁN DUCCA

El nido

(Capítulos cortos.)

«Sara mía: Esta tarde... mañana, iré á verte: no te preocupe mi ausencia. Estoy herido, pero es cosa leve: un rasguño en el brazo. Te envió doscientos francos y un beso. Adiós.»

Julio firmó, cerró y lacró la carta, y dió orden de que la llevasen á su destino. Después fijó en mí una mirada melancólica y exclamó, encarándose con el médico: — «La fiebre.» — Había algo de siniestro y lúgubre en esta frase pronunciada á media voz. La fiebre es despiadada con sus víctimas: las agarrota, las absorbe, corre como una oleada de fuego por las venas; sube hasta el cerebro y lo conmueve, barriendo las ideas y llenándolo de imágenes tétricas, inseguras, incoherentes. Y cuando después de una lucha inagotable huye, no como alma que lleva el demonio, sinó paso á paso, cediendo de mal humor su imperio, el enfermo queda agotado, débil, molido; la fiebre se fué dejando en la piel una marca de sus cien dedos libidinosos, descarnados, híbridos: es un pulpo descomunal, pero invisible. Así tuvo á Julio treinta y seis horas mortales: en un delirio pertinaz, monstruoso. Y cuando volvió lentamente á la realidad de las cosas, su primer pensamiento fué Sara, su primera preocupación Pepe Astur, pesadilla deforme ambos en el período álgido del delirio. — «¿Ha muerto?» — preguntóme. — «Nó, — le respondí: — el diagnóstico es grave; pero sé que los médicos tienen gran interés en salvarlo.» — Los ojos del enfermo brillaron con siniestra y feroz alegría, y lanzó con vehemencia esta imprecación satánica: — «¡Que viva para maldecir la vida! El agonizará incesantemente arrastrando una existencia miserable y oprobiosa: figúrate lo que sería Luzbel cogido en el fuego que por sí mismo enciende y alimenta; imagínate á Mefistófoles obligado á representar el papel de Fausto en la comedia humana... ¡Que viva para maldecir, odiar, desesperarse, escupirse á sí mismo! Su muerte no nos venga, Sara...»

Obligué á Julio á guardar silencio... á un reposo de algunas horas más, evitando que la sobreexcitación de espíritu recargase la debilidad del cuerpo, y escribí, mientras, á su madre, que se hallaba eventualmente en las costas del Cantábrico.

— Este silencio — exclamó al cabo Julio — me mata más que la fiebre. Ten compasión de mí, amigo mío; estoy lejos de Sara... y tengo necesidad de hablar de ella para no aburrirme.

— Bien, continuemos la historia que interrumpió Astur en el Suizo; al fin y á la postre, la herida es tal que no pueden complicarla, ni provocar una crisis, media docena de frases más ó menos, que saltan espontáneamente en la imaginación.

— La enfermedad — prosiguió Julio — recrudesció un tanto en los primeros días del otoño, pero á partir de esta época ya no tuvo importancia. Entonces pensé en llevarme á Sara á un precioso chalet que había alquilado al efecto. Un día tomé un carruaje y la invité á dar un paseo por las orillas del Mediterráneo. No habíamos salido aún juntos y la puse alegre y risueña como unas pascuas.

— ¡Ir contigo, ir contigo á gozar del sol, á ver reír la naturaleza!... ¿No me engañas, hermano mío? — ¿Engañarte? ¿Por qué, Sara? Mira por el balcón y te vencerás, sin duda. — ¿Es para nosotros ese coche? ¡Oh! Es tu carruaje, amigo



¡Buenas noches!

La Saeta

mío, ¿qué dirá la gente? — ¿Que ha de decir sinó que llevo á la más buena y hermosa de las criaturas? — Quizás amas á alguna mujer... — Nó, nó; no amo á otra mujer que á ti, Sara. — ¡A mí, me amas á mí, desdichado! — Y Sara se cubrió el rostro con las manos y sollozó amargamente. — Te amo á ti, dije estrechándola suavemente sobre mi pecho, que eres hermosa y tierna como un ángel; á ti, que tienes corazón y talento; á ti... — ¡Oh, calla, calla, Julio! — ¿Te enfado... te ofendo, Sara? le pregunté tristemente. — Nó, nó... ¡ay! es que yo... te amo también, Julio, y amándote, no quiero tu desventura. Nó, nó; yo no soy digna de ti; yo estoy maldita para los goces del hogar; soy un ángel desterrado.

Sara me dejó solo y volvió en breve luciendo un elegante traje de paseo. Salimos, á ruegos suyos, atravesando la ciudad por las calles más retiradas y ocultas; pero, aun así, atrayéndonos la atención de los transeúntes: unos la bendecían, otros celebraban su hermosura, y los más se limitaban á admirar mi tronco de caballos ó á regalarme una mirada envidiosa. A la media legua escasa detuve el carruaje: estábamos frente al *chalet*, y la invité á visitarlo, con pretexto de que pertenecía á un mi amigo. Nos recibió un anciano, de amable trato y simpática presencia, que ya estaba advertido y que yo destiné á la servidumbre de Sara. Circuía al *chalet* un jardín extenso, cuidadosamente cultivado, exuberante de vegetación... de plantas hermosas. El *chalet* constaba de un solo cuerpo de edificio y subíase á él por una doble escalinata de mármol; la puerta principal nos introdujo en una vasta galería de invierno. Desde allí se contemplaba el mar, perdiéndose en las lejanías de un horizonte alegre, espléndido, clarísimo. Las paredes y la techumbre de este hermoso invernadero, estaban magistralmente decoradas con frescos de Pyat, ese pintor esclavo de las marinas. Prescindiré de detalles. Todo acusaba no sé qué refinamiento de lujo y de capricho; todo tenía no sé qué aspecto voluptuoso y femenino: dijérase que era un asilo para el amor, para el goce y para la ventura. Examinado todo con escrupulosidad por Sara, dimos, á través de una portezuela practicada en la alcoba, en un corredorcillo que nos condujo en poco trecho al comedor. Puedes imaginar que esta pieza no desentonaría en elegancia y esplendor á las anteriores, y que le daba desahogo y agradable estar una galería de verano, con vistas á los montes circunvecinos, y que comunicaba á su vez con el huerto y con el piso inferior, donde se escogieron las caballerizas y despensas, bien ventiladas y capaces.

El anciano que nos recibió, tuvo la cortesanía de obsequiarnos con un desayuno frugal y de invitarnos á que aguardásemos el té en el saloncillo árabe. Conduje allí á Sara y la hice sentar en uno de los almohadones á usanza mora, colocados junto al ajimez; sentéme yo y la dije, estrechándole afectuosamente las manos:

—Dime, hermana mía: ¿no llena ahora tu imaginación este pensamiento: si yo pudiera tener para retiro este regalado albergue?

—Sí, — me contestó, — soy franca, Julio: me cautiva tanta belleza y tanto fausto, nó por lo rico, sinó por lo agradable y por la idea de tranquilidad y



—¿Por qué no será comedia toda la vida?



— ¿Pues de dónde cayó? — Cayó del cielo.

de dicha que despierta en el alma: parece un templo preparado para un ángel.

—Para un ángel es, tú lo has dicho.

—¿Para un ángel?

—Para un ángel, Sara, que expuso su vida para aliviar y consolar á los que lloraban y se revolcaban en un lecho pestilente, heridos por el monstruo que recorre en peregrinación la tierra desde las orillas del caudaloso Ganges. Es el premio que da un hermano á tanta virtud, tanta abnegación y tanto heroísmo.

Al pronto Sara quedó muda por la emoción y la sorpresa. Después fijó en mí una mirada tiernísima, pero investigadora, como si pretendiese sondear lo más profundo del pensamiento, y satisfecha al parecer de este examen, que yo tuve que perdonarle por la graciosa ingenuidad con que se confesó vencida:

—¡Viviré aquí oculta, como una ave en su nido! — exclamó dando golpecitos infantiles con sus manos blancas y finas, no más elegantes que hermosas.

Y añadió con una voz dulce y triste á la par:

—¡Eres demasiado bueno, hermano mío!

—Esa bondad — le respondí — no está tanto en mi corazón ni en mi carácter como en tus ojos. Agradécete, si quieres, pero es un deber que cumplo.

El anciano nos sirvió el té y volvió á dejarnos solos.

CALIXTO CORACHÁN

Monólogo de un camarero

Decididamente, el ser hombre juicioso es un perjuicio. Mi seriedad me perdió. Yo estaba muy satisfecho con las cuatro mesas que el dueño del café me había confiado; porque, á pesar de sufrir las impertinencias de esos jefes de familia que para obsequiar á su prole, piden dos cafés con cuatro cucharillas, y de verme en la dura precisión de anotar en la correspondiente libreta, el déficit de algunos estudiantes atrasados en dinero y en estudios, tenía me por feliz, si comparo el tiempo pasado con el presente.

¡Con cuánta razón decía el poeta Enrique, al escribir aquel artículo en verso, á cada cuatro ó seis rayas:

« Que siempre el tiempo pasado
fué el mejor »!

Un día, don Melquíades — el dueño del café — me dijo:

—Trifón. Te voy á subir.

—Buena falta me hace. Con lo que se gana no hay ni para fumar.

—No es eso. Te voy á ascender. Desde mañana pasas al escenario. Ya sabes como procuro que prosperes.

—Apenas leo ni escribo. ¿Cómo voy á hilvanar comedias?

—Se trata de que vayas en calidad de mozo. Por lo demás, tu ignorancia no sería obstáculo para que hoy ó mañana figuraras entre los actores de primera fila. Son muchos los cómicos que no saben leer. Tú eres hombre formal y puedo

darte este destino sin temor de que te malogres á pesar del contagio.

Y sin dejarme tiempo para la réplica, me volvió la espalda y se fué. ¡Ni más ni menos que si él fuera empresario y yo autor!

Y desde aquel día me tienen ustedes en el escenario, sirviendo á gente que en su mayoría no sirve para rascarse las uñas.

Allí, generalmente, no se cobra más que de los amigos de artistas.

El director, en lo que llevamos de semana, se ha bebido seis botellas de Jerez y tres cafés.

¿Ustedes dirán que es mucho beber?

Así tiene la voz. Parece una visagra oxidada.

Le he presentado tres veces la cuenta, y... como si nada. Para él es papel muerto. Como todos los que hace.

La primera tiple me debe dos cervezas y los bolos, porque para cobrarme, tengo que hacer un paso de comedia.

Tengo que esperar á que entre un caballero en el cuarto. Al poco rato entro yo. La madre abre el portamonedas, y me da un duro falso, diciendo en tono majestuoso:

—¡Cóbresel!

—Señora: (esto con mucha turbación como si uno no tuviera costumbre). Este duro es falso.

—¡Cómo! ¿De veras? ¡Qué compromiso! Pues mire no llevé más dinero. ¿Y cómo nos arreglaremos para irnos á casa?...

Entonces el visitante le ofrece un duro, que es aceptado en seguida con promesa de devolvérsele al día siguiente. ¡Y el pobre hombre, lo cobra,

La Saeta

poco más ó menos, como yo las cuentas del director.

Después, vigile usted siempre, si algún pollo le echa flores á una corista, para acercarse á ver si quieren algo. Este es el medio más seguro de vender y cobrar, ¡por qué como los corridos se dificultan las conquistas á fuerza de obsequios! Lo que ha de ir en flores que vaya en refrescos, y algo se pesca.

Al bajo, ya no le sirvo. Se las echa de espléndido. Convida á los amigos, y quien paga soy yo.

La segunda tiple tiene botijo debajo de la mesa. Se está sola en el cuarto, y tiene sed, la apaga, tentando el cacharro, pero si hay algún amigo empieza:

—¡Ay! ¡Qué sed tengo!

El amigo, en seguida:

—¡Trifón! ¡Trifón!

—¿Qué hay?
La tiple. — Tráigame un bisté con patatas y un bock.

—Y usted ¿qué quiere, caballero?
El amigo (tentándose el chaleco). — Yo... nada. No tengo gana de tomar nada.

¡Y luego estos hombres salen á la platea, diciendo que si la Fulánez les trata con mucha confianza ¡cómo de la familia!

Ya lo creo: ¡Les toma por primos!
¡Escenas como éstas, tiene que aguantarlas un hombre formal! Díganme, con franqueza, si no soy acreedor á que el Gobierno, me dé un destino. ¡Cuántos hombres, con menos merecimientos desempeñan cargos públicos!

.....

Por la copia,
F. CUENCA P.

MONÓLOGO DE LAS HERMANAS LARRISSON



— ¡Vamos á preparar nuestra toilette de baño!

Rasgueos

I

¿Ves como se lleva el viento
las hojas secas, chiquilla?
Pues así, los desengaños
mis ilusiones me quitan...

II

Decirme que no te quiera
es lo mismo que esperar
que el globo no diera vueltas.

III

Son tus ojitos cañones
y tus labios artilleros
que al compás de tu capricho
apuntan y dicen ¡fuego!

IV

Me casé un poquito pronto
y hoy me pesa, no es extraño,
¡Aquel que madruga mucho
ha de acostarse temprano!

MORENO



Stebbing.

Monólogo de las hermanas Larrisson. — ¡Van ustedes á ver qué bien nos chapuzamos!



El hombre fatal

—Así, pues, ¿confiesa usted haber dado muerte violenta á Indalecio Manzano? Preguntó el Juez instructor fijando su mirada penetrante en el semblante pálido, pero resuelto del acusado.

—Sí, señor; le metí una bala entre ceja y ceja.

—¿Y qué motivos le indujeron á cometer este crimen?

—¿Que motivos?... Muchos, señor Juez, ó por mejor decir, uno solo: la persuasión profunda, corroborada por diversos hechos de que Indalecio había nacido para ser la causa constante, inevitable de mi infelicidad. ¿No cree usted señor Juez que hay en la tierra hombres que vinieron á la vida para amargar la de otros seres?... Creo que eso no puede dudarse: ¡hay de ello tantos ejemplos!... Pues bien, Indalecio era uno de esos hombres funestos: estoy seguro de que Dios, no Dios, el demonio le puso en mi camino para causar mi desesperación y quitarme toda la suma de venturas á que toda criatura tiene derecho en esta vida.

—Explíquese usted — dijo el magistrado á quien ese preámbulo ponía caviloso.

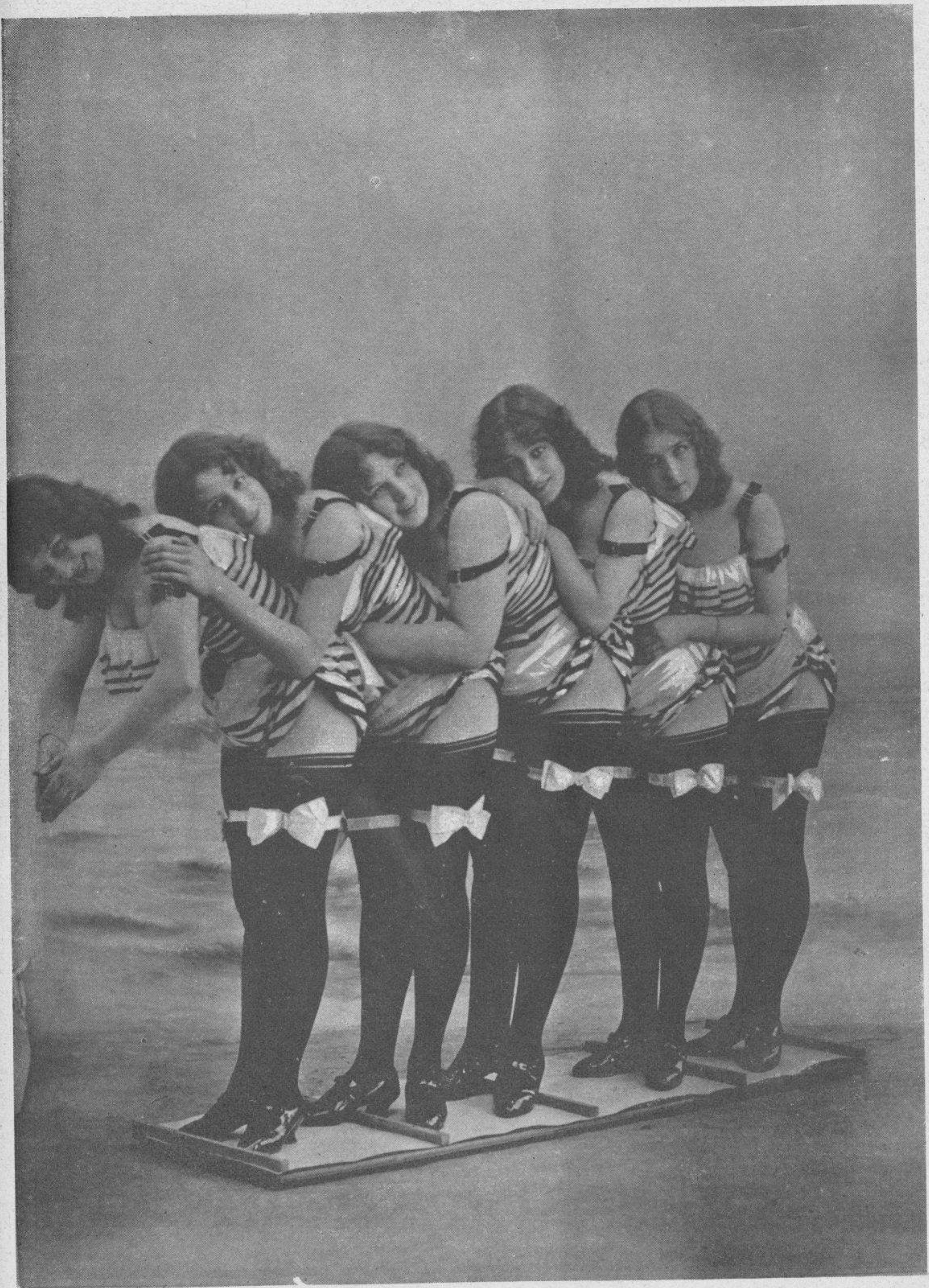
—Principiando por el principio —repuso el acusado después de una pausa y de pasar una mano sobre su frente como para coordinar sus ideas —diré á usted que tuve la desgracia de conocer á Indalecio cuando los dos éramos todavía niños. Tendría él diez ú once años; yo uno ó dos más. Asistíamos á la misma escuela y pronto hube de comprender á pesar de mi corta edad que aquél, mi compañero, era una... ¿cómo diré? una fuente de desazones y disgustos continuos. No éramos enemigos, ni nos queríamos mal, nada de eso; al contrario, íbamos siempre juntos, jugábamos juntos y no pasaba mañana ni tarde que no nos viéramos. Pero su contacto

me era fatal. Recuerdo entré otras cosas que una vez al salir disparados de la escuela me empujó, involuntariamente tal vez, y fui á caer bajo las patas de un caballo. Lleváronme ensangrentado, con la cabeza rota, á mi casa y estuve ocho días entre vida y muerte. Otra vez manejando unos cohetes que él comprara estalló uno entre sus manos; salió él ileso yo con la cara horriblemente quemada.

Más tarde fuimos condiscípulos en la facultad de medicina. Su fatídica influencia la senti con creciente fuerza. Era yo uno de los alumnos más aplicados; él uno de los más indolentes; pero por extraña rareza al llegar el momento crítico de los exámenes conseguía Indalecio salir airoso, en tanto que yo quedábame atascado, habiendo observado que esto sucedía siempre que él se encontraba en el mismo local en que yo me hallaba.

Después de concluida la carrera, pasamos algunos años sin vernos y éstos fueron los más felices, los únicos felices de mi existencia. Establecíme en uno de los barrios populares de la ciudad y á poco contaba con una clientela, sinó brillante y rica, asaz numerosa para asegurar largamente mi subsistencia. Y creyendo mi porvenir afianzado pedí oficialmente la mano de una joven á quien amaba desde bastante tiempo, que me correspondía, según me había dado á entender, bonita y suficientemente rica. Fué mi demanda bien acogida por los padres y sólo faltaban tres meses para ver realizadas mis risueñas esperanzas, cuando de pronto supe que Indalecio acababa de establecerse en el mismo barrio. Noticia que quedó corroborada con la presencia de mi antiguo condiscípulo que vino á verme y á ofrecerme sus servicios y su amistad.

Instintivamente temblé; presentí que mi



Stebbing.

Monólogo de las hermanas Larrisson. — Con cierta suavidad, para que el movimiento sea elegante...



Monólogo de las hermanas Larrisson. — No, no nos hemos atrevido, porque la verdad, se necesita valor, está tan fría! *Stebbing.*



Stebbing.

Monólogo de las hermanas Larrisson. — ¿Se ríen? ¿Son ustedes más bravos? ¡A ver, síganos!

ventura iba á desvanecerse. Y no me engaña ronlos presentimientos: no quiero, señor Juez, cansa su atención entrando en prolijos por menores sobre lo que fué sucediendo en aquellos para mi amarguisimos dias. Sólo le diré que en pocas semanas perdí mi clientela que pasó á manos de mi rival; mi boda se deshizo y mi ex novia concluyó por casarse con Indalecio.

Me alejé aterrado, henchida el alma de hiel y de vengativas ansias; fui á sentar mis reales en la Corte y lejos allí de la influencia siniestra de mi colega, pude lisonjearme tras algunos meses de tentativas y de esfuerzos de haber encontrado una situación, sinó esplendorosa cómoda y llena de promesas. Anunciáronse unas oposiciones para una Cátedra en la Universidad de una capital de provincia y me inscribí entre el número de los candidatos. Faltaban pocos días para el en que debían inaugurarse los ejercicios cuando de pronto me encontré en la calle con Indalecio que sonriente y amable alargábase la mano, me participó que había venido á Madrid para formar parte en la lucha.

Consideré ya desde aquel momento inútil mi empeño por más que estuviese convencido de mi superioridad científica sobre la de Indalecio, cuya ignorancia era conocida de todo el mundo. Pero me reaccioné y los ejercicios que hice fueron, sea dicho sin vanidad, brillantísimos. Y así mismo me lo declaró el Presidente del Tribunal: «En justicia, añadió, la Cátedra correspondería á usted; pero tenemos que obedecer á la presión escandalosa cuanto inevitable del Ministro». Y el nombrado fué Indalecio Manzano.

Entonces me retiré á esta población en donde he vivido relativamente feliz y en desahogada posición, después de conquistarla con mi asiduidad y mi labor. Aquí me casé y aquí entre mi mujer y mi hijita hubiese seguramente prolongado mi tranquila existencia, á no haberse presentado de nuevo el eterno enemigo. ¿A qué obedeció su venida á estos lugares?... Según el me declaró al llegar venía comisionado por el Gobierno para una misión científica... Yo creo que el espíritu de las tinieblas fué quien lo trajo para acabar definitivamente con mi dicha. Mi primer impulso fué abandonar durante algunas semanas esta población hasta que él regresara á la suya. El estado grave de uno de mis enfermos me lo impidió; probablemente estaba escrito que mi destino había de consumarse con un crimen...

Hace cinco dias al volver á mi casa encontré á Indalecio platicando en el salón con mi mujer; estaban muy cerca el uno del otro y mi súbita llegada les hizo separarse bruscamente: mi esposa quedó turbada y él no obstante, en natural aplomo, pareció desconcertado. No dije nada, disimulé la horrible angustia que me torturaba, pero desde aquel momento resolví matar á mi compañero. Sólo

se trató ya en mi pensamiento, de buscar una ocasión propicia.

Una ocasión que me deparó anoche mi vigilancia, quizás la casualidad, tal vez la Providencia: ¡qué se yo!... Encontrábame en mi gabinete estudiando un libro de medicina, cuando creí oír, saliendo del cuarto de mi mujer, algo así como un gemido. Dirigíme allí de puntillas, separé con sigilo el cortinaje y vi á mi pobre consorte postrada de hino-



—¡Si me viera el otro tan majal



La Saeta

Monólogo de las hermanas Larri'sson. — Dejadlas ¡pobrecillas! no está bien que abuséis del miedo.

Stebbing.



¡A beber, á beber... y á apurar!

jos ante un crucifijo, anegada en llanto, murmurando estas palabras que oí distintamente: ¡Sálveme, Dios mío, sálveme de esta horrible tentación!

Me alejé sin hacer ruido, volví á mi gabinete, metíme un revólver en el bolsillo y un momento después me encontraba en la calle, caminando hacia la fonda en donde se hospedaba Indalecio. Al doblar una esquina oigo una voz que me dice: ¡Eh! ¿á dónde vas, chico, á estas horas?... —Era él mismo: mi enemigo. Sin contestar una palabra, saqué el revólver, apunté salió el tiro é Indalecio cayó á mis pies. Aquí tiene usted señor Juez la verdad de todo lo que ha pasado.

JUAN BUSCON

Nuestras almas

De un pensamiento de Lord Byron:

Hay para mi alma un misterioso hechizo que me sujeta en apretado lazo; para cubrir mis sienes hay un rizo, para inclinar mi frente hay un regazo.

Hay una luz que brilla enardecida, su foco al contemplar con loco anhelo, son unos ojos que me dan la vida, son dos pupilas que me dan un cielo.

Existe un corazón unido al mío que es el eterno bien que yo atesoro, porque alegre palpita cuando río porque triste suspira cuando lloro.

Y si siento la pena comprimida el trémulo suspiro que me encanta, va exhalando el aroma de una vida, de una vida que aspira mi garganta.

Jamás vislumbro mi placer deshecho, jamás siento en mi torno los agravios, mientras uno mi pecho con su pecho, mientras uno mis labios con sus labios.

En su célica atmósfera cernidas hay dos almas que viven enlazadas que sonríen y lloran confundidas que respiran su dicha enamoradas.

Su alma me estrecha con un lazo fuerte, mi alma á la suya con afán se aduna..... ¿podrá quebrar sus vínculos la muerte si ya no son dos almas, que son una?

NICOLÁS TABOADA

Sucedido

Que le era infiel su esposa á Juan no cupo ninguna duda ya la tarde aquella; él, él mismo encontró y leyó mil veces, la rabia conteniendo á duras penas, cien cartas que probaban la culpabilidad de la pareja.

Ardiendo de coraje y con la faz por la ira descompuesta, un rato anduvo errante por el pueblo con una sola idea:

buscar á los amantes y en su sangre lavar su honra maltrecha.

Mas pronto arrepintiósese de su intento temía hallarla... verla,

porque... á pesar de todo aun la adoraba y sabía que si ella

le pedía perdón tras de unos lloros, tal vez la perdonase su vileza.

Y no pensando en más que en no encontrarla salió hacia las afueras, con la idea de ahogarse en un arroyo que corría á unos metros de la aldea.

.....

¡Y lo que son las cosas!

Juan llegó medio loco á la ribera, se santiguó, rezó dos padrenuestros, puso en su boca el nombre... de ella y al ir á zambullirse en la corriente tendió la vista hacia la orilla izquierda...

¡y allí estaban, muy cerca uno del otro, los infames adúlteros, de juerga!

FRANCISCO BENTAYOL



Monólogo de las hermanas Larrisson. — ¡Sálvese el que pueda!

Stebbing.

La Saeta

Los primeros fríos

— Cuando llegue el Otoño; cuando los primeros fríos nos hagan andar de prisa restregándonos las manos, para que no se nos hielen, contestaré á tu pregunta. Así me decías este verano. Recostada lánguidamente en la otomana, parecías la Diosa soñadora de la pereza; habías dejado que mi mano estrechase la tuya con vehemencia largo rato, y me mirabas, entornados los ojos lánguidamente, mientras hervía la sangre de mis venas. ¿Te acuerdas?

— Algo, confusamente, como se recuerda el sueño que tuvimos hace tiempo.

— Mira: han llegado los primeros fríos; deben haber llegado, porque veo que la gente se abriga... yo por mí, se decirte que no lo siento, que no puedo sentirlo, porque ardo de amor: para mí el cielo no tiene más que luces puras, y rayos de sol brillantes. Lo único que podía hacerme verlo obscuro, lo único que puede hacerme temblar, aterido, es estar ausente de ti, y me hallo á tu lado y tú me miras, y siento como late tu corazón.

— ¿Y bién?

— Decía... ¡Oh, sí! Que ya tenemos encima el frío...

— Y que tú no lo sientes...

— Nó, no es eso sólo; que espero con ansiedad tu contestación.

— ¿A qué?

— ¿Te has olvidado, ó es que quieres oírlo de nuevo? Pues bien, lo repetiré una y mil veces, y si me obligas á ello, lo repetiré hasta que tú quieras: Te amo con tanta fuerza, que sería imposible tratar de pintar mi amor; ¿quieres casarte conmigo? ¿Quieres unir tu destino al mío, para siempre?... Ya sabes quien soy, y como te quiero... Tendrás á mi lado, todo lo que se puede tener al lado de un artista que trabaja con afán; compartiré contigo mi gloria; la tendrás toda; cada día, cada hora, mis afanes serán mayores para que estés satisfecha de mí... Te brindo con vida modesta, pero no obscura, y con mi corazón tuyo, enteramente tuyo,

— Eso es muy bonito, pero no llega á seducirme. La vida es más espinosa de lo que te figuras; la gloria es humo; el laurel apenas sirve hoy para otra cosa, que para condimentar guisote pobre y mal oliente; un mal banquero, vale más que cincuenta buenos poetas.

— ¡Coral! (*Poniéndose muy encarnado, y suspirando amargamente.*) Tú estás loca; no pones reparo en lo que dices, y estás desgarrando sin piedad mi corazón... No es tan poco lo que puedo ofrecerte,

para que te mojes así de lo que te digo. Yo gano dinero, bastante para que vivamos los dos, sin grandes apuros... y en cuanto á lo demás, ten en cuenta que no cambiaría uno de mis pensamientos, por la fortuna de todos los banqueros del mundo.

— Romanticismo, Julio, puro romanticismo: acuárdate de que el mismo Becquer, confiesa ingenuamente, que sólo es buena la oda escrita al dorso de un billete de Banco.

— ¡Oh, Coral! No me quieres, y eres mala:



¡Arre, burro



Monólogo de las hermanas Larrisson. - ¡Pobrecilla! ¡Está visto que en este mundo quien no resiste se revienta.

Stebbing.

La Saeta

has estado dándome esperanzas, para jugar luego conmigo; has querido tenerme á tu lado como Arlequín, con el objeto de divertirme; reina despótica, he sido tu pobre Rigoletto.

— No tanto, hombre, no tanto. ¿A qué viene ahora desesperarse? Te figuras que no te quiero, y te engañas: lo que digo es por tu bien, á ti te conviene una mujer que no sea tan pobre como yo; que tenga mucho dinero y te haga brillar, y á mí otro hombre también rico.

— Adiós, pues (*con voz ahogada por la emoción*), no volveremos á vernos.

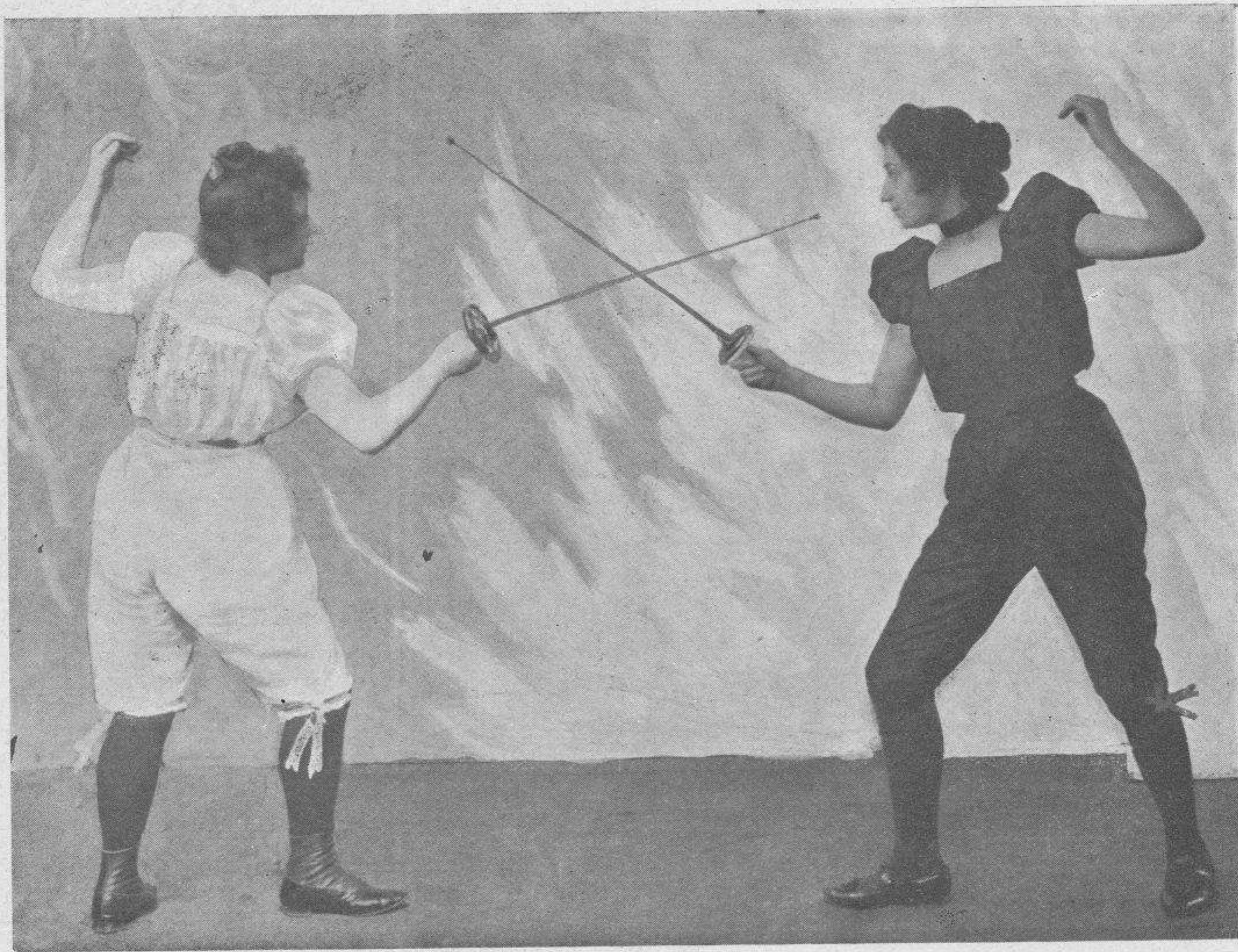
— No creo que esta separación deba ser para siempre; mi casa está abierta.

— Para mí, como si estuviera cerrada.

— ¡Como me miró al marcharse! Francamente, me dió lástima de él, tanta, que estuve por llamarle (*como quién se sacude la ropa*). Después de todo, bien está; no me iba á casar con un pobre poeta, que no tiene abrigo de entretiem po, y que en invierno va vestido de verano, con el pretexto de que arde de amor.

— ¡Infame! (*bajando la escalera*). He tenido idea de estrangularla... Nó, no tiene corazón (*en la calle*). La gente se abriga, y yo me ¡hielo. Los primeros fríos, han hecho temblar aterido mi pobre corazón.

RUILOP



— Para el golpe.

— Da sin miedo. Tengo un chulo que me ha acostumbrado muy bien á recibirlos.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS

El hombre bueno es el que ha sido buen hijo, buen hermano, buen esposo, padre y abuelo, y mejor ciudadano.

Todo hombre lleva en sí el espíritu de Dios: la conciencia.

La instrucción y la memoria hacen al hombre sabio; la instrucción sin memoria hace al hombre erudito; la memoria sin instrucción hace al hombre exiguo, y el talento, la instrucción y la memoria hacen al hombre eximio, bueno y exento de vanidades.

La excesiva lujuria, la ambición desmedida, el miedo cerval, son cualidades innatas á la materia; pero sólo se arraigan en los espíritus obtu-

ros; los espíritus fuertes las conjuran; la instrucción las modifica.

La mayor satisfacción y goce del hombre consisten en el medio ambiente que éste elige para vivir.

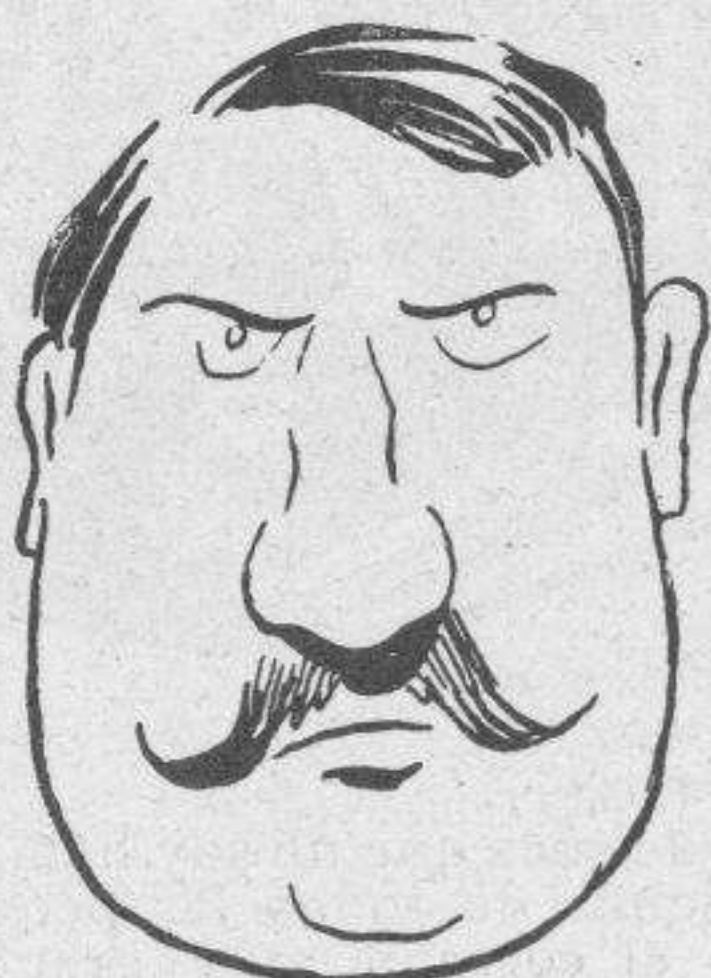
Las pasiones y los vicios son la rémora que corroe al hombre y á la sociedad, siendo el aniquilamiento de las naciones y hasta de las razas.

Si el hombre se impusiera bien de lo efímero que es la existencia y de lo superfluo que es el oro ante la muerte, con seguridad que no habría tanta ambición ni tantos odios para enriquecerse, y probablemente se acabaría la guerra.

EMI.

En espera del cartero

POR XAUDARÓ.



¿Recibiré el dinero?



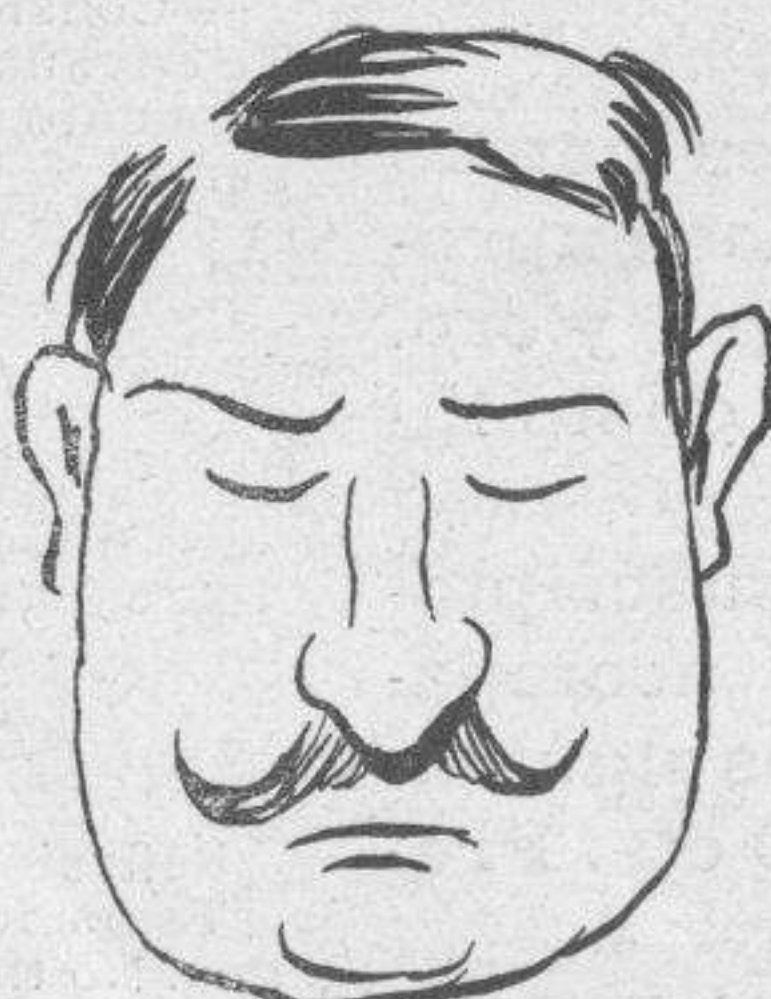
¡Si no viene, vaya un compromiso!



Y si lo recibo... ¡qué juergal!



¡María Santísima! ¡Va á ser el disloque!



¿A ver qué hora es? Pues ya es hora...



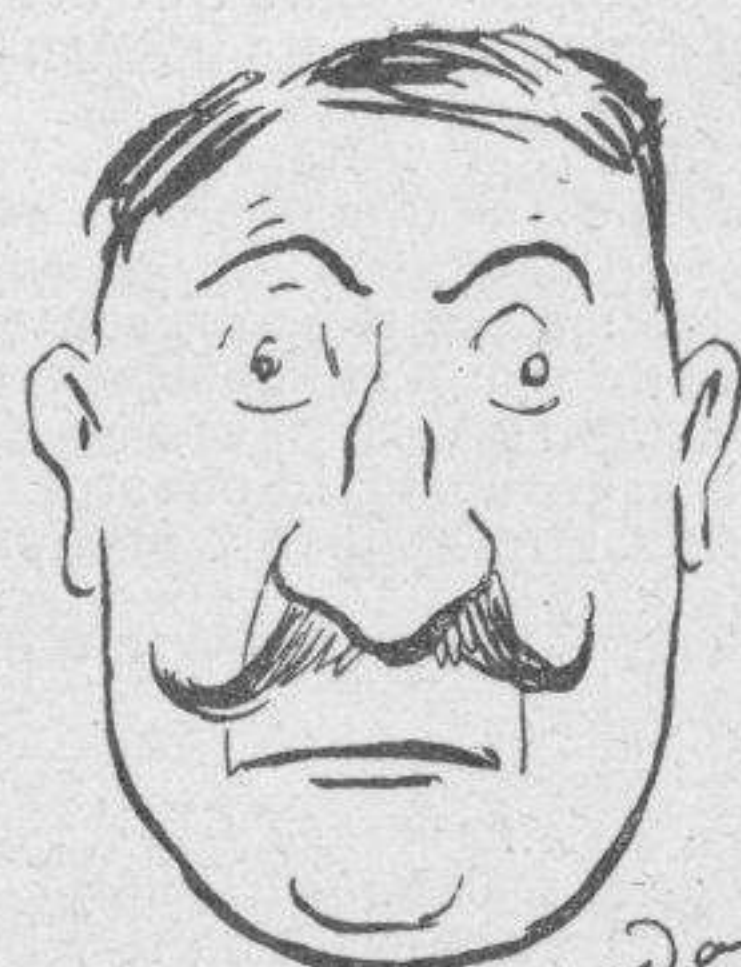
¿Vendrá el cartero?



¡Hola, cartero! ¿Hay carta, verdad?



— Veamos, veamos. ¡Letra!...



¡La letra protestada!

Xaudaró



AVISO IMPORTANTE

Las tapas correspondientes á los tomos de LA SAETA, forman una cubierta elegantísima.

Advertimos á todos los coleccionistas, que resulta así un libro hermoso que puede figurar, no sólo en las bibliotecas, sino sobre las mesillas de las salas.

Las tapas, para las cuales hemos hecho grabar unas planchas expuestas, están tiradas en negro y oro. El dibujo alegórico es de gusto inmejorable.

Los corresponsales y suscriptores pueden adquirirlas, acompañando al pedido los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cts. Provincias, 3 ptas.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico.

Se aburría el sargento López después de tomar su licencia absoluta.

¿Y qué hizo? Acordándose de los buenos tiempos del cuartel dióse á empinar el codo.

Pero como no tenía que acudir á la lista de retreta se pasaba hasta la Diana sin haber dado el alto.

Resultado de esta libertad de conciencia alcohólica fué que una noche le *arrestaron* los guardias.

Al día siguiente se presentó en el Ministerio de Hacienda y dijo al subsecretario:

— Asegure V. á S. E. que estoy conforme con el recargo en el impuesto, pero añada V. que pierde lastimosamente el tiempo si no reconoce la inmunidad á los bebedores. Es necesario que uno esté borracho para que pague sin chistar.

*A la madre de un amigo
acompañé al campo santo
y como fui á pie y lloviendo
las botas llené de barro...*

Entre marido y mujer.

— Mira Paula, ya sabes que no soy hombre vulgar. Estoy por encima de todas las pequeñeces humanas. Tengo el corazón muy grande para perdonar, y no obstante mis muchos desengaños no he aprendido á aborrecer.

— Yo tampoco es una cosa que no está en mis costumbres. Por ahí congeniamos siempre, amigo mío.

— Conforme. Eso es lo principal para que lleguemos á entendernos. Con lo que yo no transijo es con la mentira, con el engaño. Engáñame pero dímelo.

— Considera querido que eso es un disparate. Te engañaré mientras no te lo diga, y desde el momento en que te lo diga ¿dónde estará el engaño?

Al ir á saltar las aguas
del Zurguen la bella Inés,
quiso mostrarnos los pies,
y echó á volar las enaguas.
Mas yo luego al reparar
tal acción, miré á unas peñas
y dije:—No quiero señas
de casa en que no he de entrar.

Reflexión de una solterona.
Todos los hombres del día se han vuelto ciegos. No tienen la vista más que en el tacto.

CHARADAS

I

Mi *segunda* es consonante,
prima tres, arde y se acaba
y un buen *todo* al medio día
es lo que á mí más me agrada.

II

La *primera* es una letra
travesura es *dos tercera*,
y es una cosa mi *todo*
que en casa tiene cualquiera.

LUIS LÓPEZ DE LOME.

Tercio silábico

* ** **
** ** ***
** *** ***

Substituir las estrellas por letras de modo que se lea, 1.^a Piedra preciosa, 2.^a Adjetivo y 3.^a Verbo.

I. TESNOP.

Metátesis geográfica

1 2 3 4 5 6 7 — País africano.
7 2 5 6 3 4 1. — Pueblo de Madrid.

J. PEÑUELA.



Copa numérica

1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Nombre de varón
2 3 9 6 1 8 7 9 — » » »
6 5 8 1 6 4 1 — Fruta
1 6 7 8 3 5 — Nombre de mujer
5 2 3 4 9 — » » varón
4 1 3 6 — Capital
7 1 8 — Verbo
8 3 — Musical
4 — Consonante
7 9 — Musical
1 6 5 — Nombre de mujer
2 3 9 6 — Animal
7 3 4 1 8 — Infinitivo
ANTONIO ARROYO.



Jeroglífico Comprimido

... Lo que es extraño
que siendo negros, tengan
tantos esclavos

DO
TA

ANTONIO BENDICHO.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADAS. — Otero. — Elefante.

PARTITIVOS ACRÓSTICOS. —

| | |
|-----------------|------------------|
| Aceit - uno | Duque de Sexto |
| Medio - eval | Carlos - septimo |
| Sex - tercio | Alfonso - octavo |
| Felipe - cuarto | Pío - noveno |
| Re - quinto | Alfonso - décimo |

CUADRADO. — MILAN
IBIZA
LIMON
AZOTE
NANEA

CRUZ. — TA
EB
TERESA
ABEDUL
SU
AL

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Ricardo,

JEROGLIFICO COMPRIMIDO. — Rumiantes.

Correspondencia

J. P. — Jerez de la Frontera. — Publicaré algunos, procure mandar juegos de pequeñas dimensiones.

V. A. M. — Valencia. — Irá el problema, en cuanto á lo demás, aunque flojo, veamos: ¿es el soneto enteramente original?

R. G. — Algo, muy poco.

J. Y. — No lo crea usted. Los astros no se asoman á ver los luceros de los ojos de su adorada, y esos disparates se dicen bien, ó no se dicen, y después de pensar que están perfectamente escritos los lee uno de sobremesa para evitar la melancolía de la digestión, pero no se mandan á los periódicos con la absurda esperanza de que los lectores pasen por esto:

El fulgor de su mirada
obró el milagro de Dios y en medio de la noche,
fué la luz del día iluminada.

Xenofonte — ¿El griego? Lo pregunto, porque le quedan á usted resabios de su idioma y no hay cristiano que entienda su escrito.

O. A. Z. — Bien, me gusta y no lo rompo.

L. T. — « ¡ Pues no es tan difícil escribir! » Nó, no señor, todo lo contrario. Lo difícil es saber escribir.

Momo. — Ahí va:

Aunque el decirlo no me cuadra
no hay amor más brillante
que el amor anhelante
que se siente por el *padra*.

Mire usted las licencias poéticas están reñidas con los vates licenciosos. No se puede escribir *padra* por padre. ¿Qué diría usted si en lugar de *vate* le dijera yo «vete»? Y aun esta libertad mía estaría más puesta en razón. Además, consonante obligado (en los malos poetas) de *padre*, es *cuadre*; pero obligado de *cuadra*, francamente, y usted perdone, lo es el burro.

Andaluz. — Hijo mío, se conoce que al salir de su tierra sacudió usted bien los zapatos. ¡No se ha traído usted ni un *graniyo* de *zal* á Cataluña!

T. U. A. — ¿Ve usted lo que tiene el apasionarse por los versos? No ha concluído usted la carrera; le han *comido* todos sus ahorros al monte, y además tiene usted que lamentar en rimas fusilables los desdenes de una ingrata. Amigo mío, me pide usted un consejo y yo soy siempre franco: amase ladrillos ó haga zapatos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

SANTAL
MIDY

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

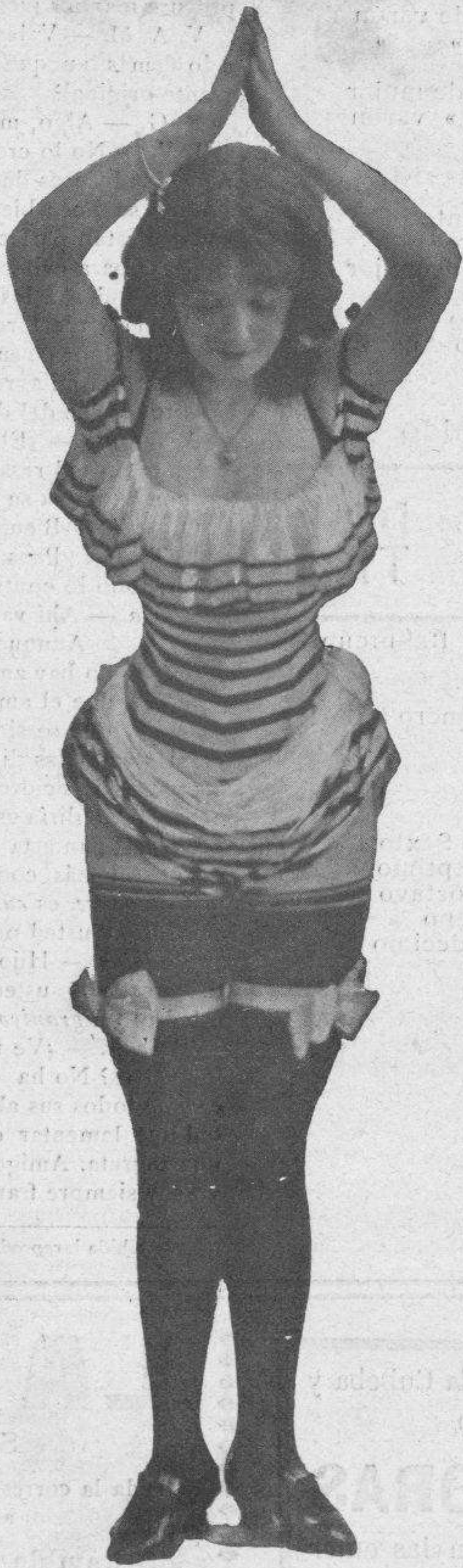
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.



— ¿A que no son ustedes tan decididos
para comprar el número extraordinario?



20 cénts.

Núm. 420

